

CAPÍTULO 2. ¿QUÉ ES EL INTERÉS NACIONAL ESTADOUNIDENSE?:

PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LA IDEA DE INTERÉS NACIONAL.

2.1 Jefferson, Hamilton y la experiencia estadounidense en política exterior.

La política exterior de los Estados Unidos es un elemento controvertido y un tema de debate a nivel internacional desde el surgimiento de este país. La razón de tal protagonismo obedece sin duda, a la peculiaridad del experimento que constituye este país y a su experiencia misma como nación independiente.

Resulta evidente que en la actualidad cualquier evocación de la política exterior de los Estados Unidos, hace una referencia implícita no sólo a la defensa de sus intereses, sino también a la promoción incesante de los ideales que tradicionalmente este país relaciona como suyos. En desacuerdo total con el realismo a ultranza, es necesario reconocer que los Estados Unidos ha definido su interés nacional y por ende conducido su política exterior, con base en una inconsistente mezcla de intereses particulares e ideales universales.

La calificación de inconsistencia que adjudicamos a esta mezcla, se debe a que a lo largo de la historia de la conducción de la política exterior estadounidense, el balance entre ideales e intereses ha variado. Es decir que de acuerdo al contexto histórico y al perfil político de las generaciones de gobernantes que han conducido a esta nación, la importancia que se le da a los intereses y a los ideales ha variado de manera constante, provocando con ello que no exista hasta la fecha un equilibrio más o menos permanente entre los mismos.

De la afirmación anterior se desprende entonces la primera realidad acerca de la política exterior estadounidense, la de que, “The conflict between ideals and self-interest is as much a part of the international life of the United States as it was of Athens” (Osgood 1).

La segunda realidad se basa en la afirmación que diversos autores hacen, acerca de que el interés nacional es un elemento clave que ha guiado la política exterior estadounidense

desde el inicio de su vida independiente y que por lo tanto es un componente fundamental de la misma (Morgenthau, *Escritos sobre*, XLII; Beard 26 y Osgood 1).

Muchas cosas pueden argumentarse de la política exterior estadounidense pero es necesario identificar por razones prácticas, sólo aquellos elementos que la distinguen de las del resto de las naciones y que le confieren ese sentido peculiar. En primer lugar debemos reconocer que la grandeza y el poderío que hoy detenta este país, es sin duda producto de la sagacidad de una brillante generación de hombres de Estado que delinearon de manera magistral las bases sobre las cuales funcionaría la nueva nación. La habilidad combinada de Washington, Hamilton, Madison, Jefferson y Adams, entre otros, produjo este híbrido que desde el inicio de su existencia trató de hacer valer su excepcionalismo frente al resto de las naciones europeas.

Tanto Beard como Morgenthau, ilustran claramente la conexión de esta generación con el interés nacional ya que ambos consideran “que el interés nacional es un componente del espíritu de los padres fundadores y, por tanto, un concepto guía de la política exterior de los Estados Unidos desde la fundación de la república” (*Escritos sobre* XLII).

Adicionalmente, Beard (cit. en Nuechterlein 1) y Morgenthau (*In defense* 1) coinciden en que los primeros cien años de vida independiente de los Estados Unidos, estuvieron guiados por un interés nacional pragmático y realista. Este cálculo exacto que los padres fundadores hicieron de la realidades de la política internacional, fue lo que le permitió a la recién nacida nación: sobrevivir como nación independiente; consolidarse políticamente al interior y al exterior; expandir su territorio; sentar las bases de su prosperidad económica; y delimitar su área de influencia en el hemisferio Occidental.

La tercera realidad de la política exterior estadounidense se basa en el hecho de que el balance de poder en Europa y el control de hemisferio Occidental, han sido intereses

nacionales permanentes y claramente definidos para los Estados Unidos, los cuales guardan además una estrecha conexión entre si (Morgenthau Ibid., 4-5). De acuerdo con Morgenthau, “In the Western Hemisphere [the United States has] always endeavored to preserve the unique position...as a predominant power without rival....This peculiar situation has made it imperative for the United States to isolated the Western Hemisphere from the political and military policies of non-American nations” (Ibid.).

De esta manera es como la Doctrina Monroe viene a servir a los fines particulares de los Estados Unidos, previniendo que cualquier nación Europea se inmiscuyera en los asuntos del hemisferio Occidental y que con ello se amenazara a los intereses estadounidenses. Sin embargo, para que la amenaza de intromisión europea existiera, era necesario también que ciertas condiciones orillaran a los países europeos a tomar esta decisión. Por ello, la prevención de esas condiciones y el mantenimiento del balance de poder en aquel lado del océano, fueron un asunto vital para los Padres Fundadores lo que además orilló a los Estados Unidos, en un principio hasta en contra de su voluntad, a involucrarse en las luchas por el poder. Aunque desde una perspectiva diferente, Beard desde el ángulo del interés económico y comercial (39) y Morgenthau (*In defense* 21-22) desde el ángulo de la lucha por el poder, ambos autores coinciden en que el balance de poder fue un interés fundamental tanto de los Federalistas como de los Republicanos.

Por otra parte, la cuarta realidad se basa en el hecho de que los Estados Unidos ha sido históricamente más proclive al idealismo que al realismo, como una forma de aproximarse a su ambiente internacional. Como lo puntualizan Morgenthau (*In defense* 7) y Osgood (10), este país reconoce las realidades de la política internacional pero prefiere actuar en términos moralistas; reconoce que tiene intereses fundamentales que pueden ser

amenazados, pero al menos a nivel de la retórica, confiere más valor a los ideales universales que al poder político.

La quinta realidad de la experiencia estadounidense se basa en el hecho de que el aislamiento geográfico de este país, tuvo un doble efecto en su desarrollo. El efecto positivo fue que gracias a ese aislamiento Estados Unidos pudo utilizar sus primeras décadas de existencia para consolidarse económica y políticamente, evitando con ello el desgaste que las luchas con otras naciones le hubieran provocado. Al respecto, el discurso de despedida de George Washington (Apéndice 1), es un ejemplo muy claro de que en aquella época el interés nacional de los Estados Unidos, provocado por el aislamiento geográfico y por una deliberada decisión de sus elites, era concentrarse en el fortalecimiento económico y político de la nación y mantenerse lo más alejados que se pudiera de las luchas europeas.

De acuerdo a lo pronunciado por el General Washington en su discurso de despedida y a partir del cual se sentaron las bases de una tradición aislacionista que perduró por mucho tiempo, se estableció que:

Europe has a set of primary interests, which to us have none, or a very remote relation. Hence she must be engaged in frequent controversies, the causes of which are essentially foreign to our concerns. Hence, therefore it must be unwise in us to complicate ourselves, by artificial ties, in the ordinary vicissitudes of her politics, or the ordinary combinations and collisions or her friendships or enmities.
(*“Washington’s Farewell”*)

Por otra parte, el efecto negativo del aislamiento geográfico consistió en que los Estados Unidos se alejó de las realidades y de las presiones del ambiente político internacional y se sumió en la creencia de que su posición, su conducta y sus ideales, eran perfectamente

compatibles con el resto del mundo (Osgood 17) y más aún, que debían ser el ejemplo que sentara el tono moral de las relaciones internacionales. En este punto cabe resaltar, que ese sentido de predestinación y de misión especial que ha guiado a los Estados Unidos desde el comienzo de su existencia y que peligrosamente lo ha llevado a identificar ideales universales como valores nacionales, es una constante de la conducta exterior de este país y un elemento controvertido que les ha atraído una considerable animadversión a nivel internacional.

De esta extensión del Destino Manifiesto, se desprende la sexta realidad de la experiencia internacional estadounidense: la firme creencia de que su misión es la promoción de la democracia, la defensa de la libertad y de las instituciones republicanas. De acuerdo con Morgenthau (*In defense* 10), los Estados Unidos consideraba que el establecimiento de la democracia en todas partes del mundo, terminaría con las luchas por el poder y que el mundo sería mejor, más pacífico y más seguro. Es así como de manera permanente pero con más fuerza a partir del siglo XX, la promoción y establecimiento de la democracia a nivel global se ha convertido en una cruzada fundamental para la protección de los intereses estadounidenses. Al respecto, Tony Smith (7) señala que los orígenes de este interés estadounidense, se remontan a la época de los padres fundadores de los que Thomas Jefferson fue el primero en insistir que un orden internacional pacífico en el que los Estados Unidos pudieran participar plenamente, necesitaría estar constituido por estados democráticos.

Bajo la lógica de una teoría que ha probado tener sus excepciones acerca de que las democracias no pelean entre si, los Estados Unidos se ha arrogado esta misión dejando a su paso incuestionables beneficios al orden internacional, pero también evidentes resentimientos de aquellos que se sienten subyugados por el ideal democrático. De esta

manera atestigüamos como la asociación entre interés, promoción de la democracia y seguridad nacional, es una fórmula que cobró sentido no sólo al término de la Segunda Guerra Mundial, sino que se ha dimensionado de manera especial desde la inserción de los Estados Unidos al sistema de Estados.

Respecto a esta realidad de la experiencia internacional de los Estados Unidos, diversos autores refieren a la Guerra entre este país y España como el parteaguas de la misión de promoción de la democracia, ya que la misma dotó de sentidos diversos y contradictorios a la política exterior estadounidense. Esta guerra significó al mismo tiempo: el inicio de la cruzada por la promoción de los derechos humanos de lo que hoy es el pueblo cubano, que accidentalmente redundaría en el esfuerzo por establecer gobiernos democráticos (Smith 5); el inicio de la tendencia imperialista de los Estados Unidos (Osgood 19); la invocación a nivel masivo de principios morales abstractos como guía de la conducta exterior de este país; el abandono del ideal anti-imperialista, democrático y libertario con que este país se había comprometido; y con la conclusión de la misma, la entrada sin retorno de Estados Unidos al mundo de las luchas por el poder. (Morgenthau, *In defense* 4, 10-11).

La séptima realidad de la experiencia exterior estadounidense es que este país desde su fundación y hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial, tradicionalmente relacionó a la lucha por el poder en el ambiente internacional como algo maligno que debía ser evitado en lugar de comprendido (Osgood 18) y también como “... a mere accident of history, naturally associated with non-democratic government and therefore destined to disappear with the triumph of democracy throughout the world...” (Morgenthau, *In defense* 11-12).

Con la intención de visualizar mejor la influencia que el interés nacional ha tenido en la conducción de la política exterior estadounidense, es necesario revisar algunos periodos históricos que han provocado cambios fundamentales en el comportamiento exterior de los

Estados Unidos. La visión de los Padres Fundadores es un comienzo obligado para después transitar por los diversos intereses que han sido motor de la transformación de este país.

Al referirnos al interés nacional en el contexto histórico de los Padres Fundadores, es necesario tener en mente que para ese entonces este elemento definitorio de la política exterior, era utilizado como una herramienta de acción política y no todavía como una de análisis del comportamiento exterior de los estados-nación.

Una primera revisión a la historia de los Estados Unidos, pone de manifiesto que este país se fundó y a la vez estableció los cimientos de su desarrollo político, institucional y económico, con base en consideraciones realistas y con el interés nacional como guía. La mejor prueba del realismo de los Padres Fundadores es el diseño mismo de su Constitución por el balance que guarda en su contenido. Por otra parte, tanto los federalistas encabezados por Alexander Hamilton, como los republicanos encabezados por Thomas Jefferson, fueron grupos muy realistas y pragmáticos que hicieron de la doctrina del interés nacional la base de sus decisiones. Como afirma Beard (1), ambos grupos compartieron durante los primeros cien años de existencia de los Estados Unidos, un interés nacional básico fundamentado en consideraciones de tipo económico. Aunque con visiones diferentes respecto de cual sería la mejor forma de consolidar económica y políticamente al nuevo país, ambos grupos coincidían en que lo prioritario era afianzar su posición en el continente y frente al resto de las voraces naciones europeas.

De esta forma, estos primeros años de vida de los Estados Unidos que se desarrollaron entre la expansión territorial hacia el Oeste, impulsada por los republicanos y la expansión del comercio con el exterior, impulsada por poderosos grupos más identificados con los federalistas, coincide con lo que Morgenthau denomina como el primer periodo de la política exterior estadounidense: el periodo realista. De acuerdo con la clasificación de

Morgenthau, el periodo realista corresponde a la primera década de la historia de los Estados Unidos como nación independiente, se caracteriza por pensar y actuar en términos de poder y es representado por Alexander Hamilton (*In defense* 13). Así pues, el periodo realista que tiene como base fundamental el interés nacional, se inicia con los federalistas en el poder y las pruebas de ello son la propia Constitución y la misma declaración de neutralidad proclamada por el General Washington (Apéndice 1).

La mencionada declaración de neutralidad, es un documento muy importante porque expone las ideas que sobre el interés nacional tenían los Padres Fundadores y que como se ha mencionado anteriormente, era un interés en la consolidación económica, política e institucional del país para resistir los embates del colonialismo europeo. De acuerdo con Morgenthau, la defensa que Hamilton hace de la declaración de neutralidad a través de sus escritos “*Pacificus*” y “*Americanus*”, expone claramente el realismo de su pensamiento al argumentar que el interés nacional de los Estados Unidos es superior a cualquier tratado, alianza o gratitud debida. “*Self-preservation,*” argumenta Hamilton, “*is the first duty of a nation*” (38).

Los escritos de los *Federalistas* también se consideran como fuentes importantes que hacen referencia constante al interés nacional, ya que los mismos se avocan a defender la Constitución y la necesidad de que la misma sea aprobada. Por lo anterior se deduce que en orden de defender su proyecto Constitucional, los federalistas formularon su propia teoría del interés nacional. De acuerdo con el carácter comercial que Beard adjudica al interés nacional de los primeros años de existencia de los Estados Unidos:

...national interest, as formulated by Hamilton...has a positive and definite content: it meant a consolidation of commercial, manufacturing, financial, and agricultural interests at home, the promotion of trade in all parts of the world by the

engines of diplomacy, the defense of trade by a powerful navy, the supremacy of the United States in the Western Hemisphere, and the use of military and naval strength in the rivalry of nations to secure economic advantages for citizens of the United States. (49)

Por otra parte, la época que va del arribo de los republicanos al poder hasta la guerra entre España y Estados Unidos, coincide con lo que Morgenthau (*In defense* 13) denomina como el periodo ideológico de la política exterior estadounidense. A este periodo lo caracteriza por pensar en términos de principios morales, pero actuar en términos de poder y entre sus principales exponentes ubica a Jefferson y a John Quincy Adams. De estos personajes puede decirse que aunque siempre estuvieron fuertemente identificados con principios morales como su guía de acción, en la práctica fueron tan realistas como los propios federalistas y prueba de lo anterior, son los argumentos de Jefferson en su tercer mensaje anual al Congreso respecto de la compra de la Louisiana, así como las contribuciones de Adams respecto de la Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto. De acuerdo a lo expresado por el presidente Monroe en su séptimo mensaje anual al Congreso en 1823:

In the discussions to which this interest [respective rights of the United States and the Russian Imperial Government on the northwest coast of this continent] has given rise and in the arrangements by which they may terminate the occasion has been judged proper for asserting, as a principle in which the rights and interests of the United States are involved, that the American continents, by the free and independent condition which they have assumed and maintain, are henceforth not to be considered as subjects for future colonization by any European powers... .
(“*Monroe Doctrine*”)

2.2 El camino hacia el realismo: la Guerra con España, la cruzada contra el fascismo y la afirmación de la hegemonía.

La etapa que hasta ahora hemos revisado y que se relaciona con la concepción del interés nacional estadounidense durante los primeros años de su existencia, pone de manifiesto que este elemento ha sido la consideración suprema para la formulación de la política exterior de este país y que el mismo es perfectamente compatible con su pensamiento tradicional. Lo anterior sin embargo, no significa que el interés nacional estadounidense siempre se haya basado, como en el caso de los padres fundadores, en consideraciones realistas y pragmáticas. En otra etapa de su historia, los Estados Unidos también fundó su interés en consideraciones de tipo idealista, lo que lo llevó a actuar de manera errónea en la arena internacional.

El camino hacia el realismo no ha sido uno fácil de recorrer para este país. El llegar a aceptarse como un poder global con las responsabilidades y los costos que ello conlleva, ha significado un tránsito doloroso por políticas erróneas que incluyen al aislacionismo y al Wilsonianismo y que se adoptaron desde la guerra con España y hasta el término de la Segunda Guerra Mundial. Al respecto como expone Osgood (431) , tuvieron que pasar dos cruzadas, una contra España y otra contra el fascismo, así como una guerra por la sobrevivencia, la Segunda Guerra Mundial, para que los Estados Unidos se adaptara a su ambiente internacional y lo abordara de una manera adecuada. Las dos primeras cruzadas en las que este país se embarcó son, sin embargo, las más representativas de la errónea concepción que se tenía del interés nacional estadounidense y del alto precio que se tuvo que pagar por no apegarse a la realidad internacional, la de la lucha por el poder.

Como se ha mencionado anteriormente, la Guerra entre España y Estados Unidos es un punto toral de la historia estadounidense debido a que a partir de la misma, este país

comenzó a comportarse como un poder mundial y a ejercer su poderío más allá de su tradicional esfera de influencia. El fin de la misma coincide con lo que Morgenthau denomina como el tercer periodo de la política exterior estadounidense: el moralista. A este periodo que se caracteriza por pensar y actuar en términos de principios morales y que se extendió por medio siglo después del fin de la guerra, lo representa Woodrow Wilson a quien se considera el mayor exponente del idealismo (*In defense* 13-14).

El inicio de esta etapa en la que los Estados Unidos aún se haya inmerso y que peligrosamente se caracteriza por relacionar valores universales como ideales particulares que deben ser promovidos aunque sea mediante el uso de la fuerza, incluye a la anexión de Hawai, la obtención de Puerto Rico, la invasión de Cuba y la situación de las Filipinas, como asuntos que demandaban una solución basada en el tradicional interés nacional de los Estados Unidos y que al no apegarse al mismo, provocaron gran caos y desilusión.

Irónicamente, esta guerra en lugar de contribuir, como era de esperarse, a que los Estados Unidos por fin se involucrara en el ambiente internacional con una aproximación más realista y adecuada a su nuevo estatus, sólo provocó que a nivel masivo se despreciara su nuevo rol como poder mundial y que se rechazara su involucramiento natural en la lucha por el poder (Osgood 18-19).

Sin embargo, fue la Primera Guerra Mundial la cruzada que más claramente expuso las deficiencias que los Estados Unidos tenía para articular su propio interés nacional y para hacerlo valer frente el resto de las naciones bajo condiciones reales. Fue así como los Estados Unidos se enfrentó al fascismo basado en objetivos ideales e impulsado por la obligación moralista de terminar con las luchas por el poder y sin tener claro cual sería su ganancia más allá de la simple derrota de los poderes centrales. Debido a esto, este evento volvió a sumir al país en la desilusión y el aislamiento.

En esta etapa es en la cual se puede acusar al Wilsonianismo y a su creador de haber ejercido demasiada influencia en perjuicio de los Estados Unidos, ya que lejos de proteger al país del fango de las luchas por el poder, esta actitud sólo retrasó su necesario ajuste a la realidad internacional e hizo más doloroso su proceso de maduración como nuevo poder global. Adicionalmente, los daños que la puesta en práctica de esta doctrina política causó, se extendieron más allá de los Estados Unidos y con su actitud moralista, irreal y poco responsable, se condenó al fracaso al nuevo balance de poder surgido de la endeble victoria de los aliados propiciando las condiciones para un evento mucho más doloroso: la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, en este punto vale la pena preguntarse ¿Qué posición ocupaba el interés nacional en el pensamiento Wilsoniano?. Durante el apogeo del Wilsonianismo, el interés nacional fue menospreciado por considerarse como algo de la más baja condición y estima y por ello, el concepto volvió a las penumbras a las que se relegaron a sus antecesores. La cruzada moral de Wilson contra el interés nacional, lo llevó al extremo de afirmar que, “‘It is a very perilous thing’ ...to determine the foreign policy of a nation in the terms of material interest. It not only is unfair to those with whom you are dealing, but it is degrading as regards your own actions....We dare not turn from the principle that morality and not expediency is the thing that must guide us...” (Cit. en Morgenthau, *In defense* 23-24).

De esta manera, al tratar de asegurar el mayor bienestar para los Estados Unidos en función de la paz internacional ,Wilson atentó contra el más básico y tradicional de los intereses nacionales de su país: el balance de poder europeo. La lectura errónea que este presidente hizo de los hechos, no le permitió apreciar que para entonces el interés nacional estadounidense no quedaba satisfecho con la consecución de la paz mundial y que la propia seguridad de las naciones Occidentales, requería de un nuevo orden mundial que fuera

guiado por el liderazgo estadounidense. Al respecto, Wilson prefirió obviar una realidad que se sigue imponiendo contundentemente hasta nuestros tiempos: la de que el fin de cualquier guerra, es destruir el balance de poder existente para dar paso a uno nuevo en el que los triunfadores se impongan.

Los resultados de esta segunda cruzada en la que los Estados Unidos se involucró sin tener objetivos claros, fueron en su mayoría negativos. Sin embargo, aunque esta cruzada también produjo desilusión y prolongó el desajuste internacional de los Estados Unidos, la misma al menos sirvió para "... create a climate of opinion conducive to a recognition of the primacy of national interest....the widespread disillusionment with [this crusade]...did lay the psychological foundation for a more realistic response to the circumstances of a third upheaval" (Osgood 19, 431).

Al respecto, la Segunda Guerra Mundial no sólo marca un punto de quiebre en el comportamiento exterior de los Estados Unidos, sino que marca el debut de este país en las grandes ligas de la política internacional. Por una parte esta guerra puso en evidencia la realidad, ya para entonces innegable, de que el poder es un hecho que existe; que no puede ser evadido; que es connatural al hombre; y que por lo tanto, es parte inherente de la vida de las naciones. Por otra parte, esta guerra marcó un cambio en el comportamiento internacional de los Estados Unidos ya que por primera vez después de casi medio siglo de consideraciones idealistas, este país se enfrentó a una realidad que amenazaba sus intereses hemisféricos y que lo obligó a volver sus pasos hacia el realismo de los primeros años.

Fue así como tanto la amenaza fascista como el instinto de preservación, se convirtieron en los mayores incentivos para provocar un cambio radical en la conducta exterior estadounidense (Ibid. 431) que con una actitud más madura, más responsable y más realista, inauguró una nueva era en su política exterior.

No obstante, la idea de que un nuevo orden mundial basado en la paz y la cooperación debía sustituir a los emanados de las luchas por el poder, aun prevalecía en el pensamiento de los líderes de aquella época y se afirmaba como una filosofía dominante en el Occidente (Morgenthau, *In defense* 31 y 32). La persistencia de esa idea maniquea de los Estados Unidos de poner fin a la política del poder para dar paso a un nuevo orden dominado por la democracia, la libertad y las instituciones republicanas, resulta incluso ahora de lo más peligrosa para el sistema internacional al dimensionar que tales valores que en principio fueron universales, han sido cooptados por el país con mayor poder económico, político y militar para imponerlos. Esto que Morgenthau define como “universalismo nacionalista”, se afianzó de manera definitiva en la tradición internacional estadounidense desde el mandato de Wilson y además de ser una más de las peculiaridades de la política exterior estadounidense, es una de las principales características del periodo Guerra y pos-Guerra Fría.

La parte más peligrosa de este “universalismo nacionalista” adoptado por los Estados Unidos radica en el hecho de que una política exterior basada en códigos morales estrictos, inevitablemente conduce al fanatismo en un campo donde lo que más se requiere es la prudencia y la diplomacia. Más aún, si al ambiente de intolerancia que una política casi mesiánica puede provocar a nivel internacional, se suma el poder de un país como los Estados Unidos para imponer su agenda, surgen escenarios desastrosos como Vietnam, Somalia y el once de septiembre. Como lo afirma Daniel Lang, “Moral crusades and ideological self-righteousness constitute the most important threat to international relations....A foreign policy which promises to replace the struggle for power with a new era of peace and justice cannot succeed and must not be legitimized” (cit. en Clinton 6).

Ahora bien, ante la disyuntiva histórica de elegir entre los fanáticos del realismo y los de los valores morales, resulta evidente que es preferible la de aquellos que visualizan al mundo como una tabla de ajedrez en la que las consideraciones geopolíticas conducen a decisiones más racionales, que la de aquellos que con una ideología como máscara y una espada en la mano, tratan de imponer el orden a partir del caos.

2.3 El interés nacional estadounidense en el enfrentamiento Este-Oeste.

El escenario es ahora el de la Guerra Fría, una guerra que entre sus particularidades cuenta con haber sido el enfrentamiento más prolongado y tenso de los últimos tiempos, entre los países con mayor capacidad destructiva y con un fuerte componente ideológico que sirvió de marco a la entonces latente amenaza de destrucción mutua.

Tras la derrota del eje conformado por Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética comenzó su lucha por llenar el espacio dejado por estos poderes en la arena internacional. Con una agenda alternativa pero radicalmente opuesta a los intereses del bloque Occidental, la Unión Soviética lanzó la amenaza de la expansión del comunismo a nivel global y con ello dió inicio a un enfrentamiento que duro casi 40 años y que tuvo a la seguridad del resto del mundo pendiendo de un hilo.

A la amenaza ideológica que la U.R.S.S. lanzó en perjuicio principalmente de los intereses estadounidenses, se sumó la capacidad militar que ambos gigantes acumularon durante este periodo y que a cada instante mostraban la determinación de utilizar para respaldar las ideologías que los inspiraban. Tal escenario provocó entonces, que durante este periodo el término de interés nacional se convirtiera prácticamente en un sinónimo de la fórmula de seguridad nacional ya que como lo afirma Arnold Wolfers “...unless explicitly denied, those who stress national interest as the basis of foreign policy may be assumed to mean that ‘priority shall be given to measures of security’” (481). Es así como a los dos

intereses nacionales que se consideran permanentes en la historia estadounidense –el comercio y la construcción de un orden mundial estable- se suman otros que se relacionan con la seguridad y entre los que se encuentran:

(1) maintaining a strategic balance of power with the Soviet Union; (2) assisting those nations allied with the United States to defend themselves; (3) promoting a strong United States economy with access to world markets and resources; and (4) building world peace through negotiations with major antagonist – principally the Soviet Union and Communist China. (Nuechterlein 16)

Adicionalmente, la existencia de factores tales como: la carrera armamentista que originó este choque ideológico y de intereses; la capacidad nuclear y la amenaza de destrucción por esta vía; la capacidad de “segundo golpe” de cualquiera de los dos países; y la lógica de sobrevivencia de los mismos, provocaron que tanto para Estados Unidos como para la U.R.S.S. la prevención de una guerra de mayores proporciones y el mantenimiento de un balance de poder entre ambos, se convirtiera en su principal interés nacional. Es así como este interés nacional compartido, los llevó a iniciar tratados para controlar el uso de armas nucleares tales como: el Nuclear Test Ban Treaty de 1963, Limited Nuclear Non-proliferation Treaty de 1967 y The Strategic Arms Limitation Talks (SALT), entre otros.

De cualquier forma, este interés compartido en mantener un balance de poder no significó que ambos bloques se hayan abstenido de las hostilidades. Con el ánimo de prevenir una guerra nuclear en la que el resultado fuera suma cero, ambos países transpararon sus tensiones (Rubinstein 20) a conflictos regionales en los que la confrontación Este-Oeste se desahogaba a menor, aunque no menos importante escala. A este respecto, la invasión de Corea del sur por su contraparte comunista y la controvertida guerra de Vietnam, son sólo algunos de los conflictos más representativos en los que los

Estados Unidos en la creencia de defender su interés nacional, se involucró sin prevenir las consecuencias.

Por otra parte, la Crisis de los Misiles de 1962 se ubica como el único episodio en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, en el que un interés de sobrevivencia de los Estados Unidos pudo haber estado en riesgo. Aunque posteriormente y en especial durante la gestión del Presidente Ronald Reagan el conflicto bipolar se percibió con más agudeza y claridad, no hubo una amenaza tan inminente como la de 1962 y por el contrario, durante este periodo sí se iniciaron las estrategias para poner fin al conflicto.

Para este momento la preocupación excesiva de los Estados Unidos por la seguridad nacional, provocó que se descuidaran o sacrificaran otros intereses nacionales que también resultaban importantes para el país. Es bien sabido que para la década de los 70's, la economía estadounidense comenzó a experimentar una pérdida de competitividad principalmente frente a Japón y una profundización de su déficit comercial a nivel global. Lo anterior, aunado a las controversiales políticas económicas de Reagan mejor conocidas como "Reaganomics", y al gran consumo de recursos que demandaba el mantenimiento de la estrategia de disuasión, provocaron que incluso se llegara a hablar del comienzo del declive de la hegemonía estadounidense.¹ Pero lejos de declinar, los cálculos del presidente Reagan, por lo menos en materia de política exterior, resultaron correctos ya que con la denominada "Guerra de las Galaxias", los Estados Unidos dió la estocada final a una Unión Soviética que en el esfuerzo por mantenerse a la par de su rival en términos militares, acabó por ceder ante la presión. En contraste con la solidez de la economía estadounidense la cual no resintió el costo de esta guerra, la endeble economía soviética así como otros factores estructurales que no gozaban de mucha solidez, colapsaron ante la presión de la tecnología y condujeron a que este país enfrentara una crisis interna con la que se cumpliría

el interés estadounidense más importante de la época: la caída del mayor régimen comunista y su reafirmación como único gran poder a nivel global.

2.4 El interés nacional estadounidense en la era de la pos-Guerra Fría.

La caída de la Unión Soviética y su posterior desmantelamiento, marcan el fin de una era y el inicio de otra en las relaciones internacionales. La era que llegó a su fin fue la de la Guerra Fría con su sistema bipolar de poder, su sistema de alianzas y países satélites; la era que le sucedió es una que aunque de relativa calma por la ausencia de la amenaza nuclear, es considerada por muchos autores y analistas como más compleja.

Esta nueva era que en la carencia de un tema central que la identifique se le ha denominado como la de la pos-Guerra Fría, se caracteriza entre otras cosas por: la multipolaridad de su sistema internacional; la falta de esa fuerza centrífuga que constituía el conflicto bipolar; por lo que Stanley Hoffmann refiere como la difusión de poder (cit. en Rubinstein 28); por la definición de metas e intereses en términos más globales; y por un regreso a las consideraciones de tipo doméstico a costa del sacrificar las de la política exterior.

La complejidad con la que se asocia a esta nueva era se debe a varios factores, pero sin duda el más determinante es el desconcierto que la falta de un gran tema central, provocó en el sistema internacional ya que para un sistema de estados-nación que por más de 40 años se dejó guiar por la confrontación Este-Oeste, la súbita pérdida de este punto de referencia significó desorientación y desconcierto. Como establece Irving Kristol:

It is very difficult for a great power- a world power-to articulate a foreign policy in the absence of an enemy worthy of the name. It is, after all, one's enemies that help define one's "national interest,"...Without such enemies, one flounders amidst a plenitude of rather trivial, or at least marginal, options. That, it seems to

me, is the condition of the United States today, as we enter the post-Cold War era... (47)

Es así como al conflicto bipolar se le puede responsabilizar de alentar la inmadurez de un sistema internacional que durante mucho tiempo se definió casi exclusivamente por los movimientos de las dos potencias y que por lo tanto no se preparó para enfrentar la era que seguía: la de la interdependencia y la difusión de poder². Adicionalmente a esta difusión de poder, Hoffman (31-32) menciona otros elementos que caracterizan a la era de la pos-Guerra Fría y que exponen su complejidad. El primero se relaciona con la existencia de al menos una ideología de conflicto violento, el fundamentalismo islámico, lo cual hace muy probable la existencia de una enorme gama de luchas tradicionales a las que se suma el efecto del nacionalismo. El segundo se relaciona con la interdependencia que caracteriza a esta era, lo cual posibilita que cualquier diferencia sobre comercio o política industrial, evolucione en conflictos mucho más serios que a su vez empujen a los Estados a definir sus requerimientos de seguridad más ampliamente. El tercer elemento se relaciona con la arena del poder de la gente la cual materializada en victorias populares, puede pisotear derechos de las minorías y crear explosiones nacionalistas.

Por las razones anteriores, esta era de las pos-Guerra Fría sí resulta ser mucho más compleja que la del conflicto bipolar porque ya no existe la estabilidad que las dos ideologías en conflicto daban a la política internacional y porque en contraste, hay una combinación de factores y una dispersión tal de poder, que ponen en mayor riesgo al orden mundial. De esta manera, el riesgo de una guerra entre poderes asimétricos y con rivales antes desconocidos, es cada vez mayor en esta era en la que no se sabe si la cantidad de actores que actualmente tratan de legitimar su posición en la arena internacional, cuentan con la madurez y la prudencia suficiente de los rivales de la Guerra Fría.

Es así como esta pérdida de rumbo que el fin de la Guerra Fría provocó a la política exterior estadounidense, originó que emergieran una serie de tendencias contradictorias entre sí como opciones para guiar o encausar nuevamente a la política exterior de la nueva era. Irving Kristol (48) menciona entre ellas a una nueva modalidad del internacionalismo liberal que tuvo su apogeo durante el periodo del presidente Wilson y que adoptó a la promoción de la democracia en el exterior como el principal motivo de la política exterior estadounidense. La otra tendencia, es la de volver al aislacionismo que permitió a los Estados Unidos consolidarse como una potencia hemisférica y que encausó todos los recursos a la satisfacción de las demandas domésticas.

Sin embargo, ninguna de estas dos opciones probaron ser eficaces para guiar la política exterior del país más poderoso del mundo. La primera opción que ha hecho que los Estados Unidos se arroge la promoción de la democracia como un deber casi divino, pierde de vista que todavía y a pesar de la globalización, existe una composición heterogénea de Estados para los que esta meta estadounidense es incompatible con su historia, sus creencias y sus necesidades. Desde la fundación de los Estados Unidos y hasta la actualidad, la promoción de la democracia a nivel global se asocia no sólo con el cumplimiento del ideal Wilsoniano de paz y cooperación, sino directamente con la seguridad nacional de este país. En la creencia liberal de que las democracias no pelean entre sí y de que regímenes que comparten y refuerzan un mismo sistema de valores pueden alcanzar una mejor cooperación, a pesar de sus propios intereses nacionales y fuerzas nacionalistas, los Estados Unidos se ha convencido de que la mejor forma de avanzar su seguridad nacional, es a través del establecimiento de Estados democráticos alrededor del mundo.

Adicionalmente, Tony Smith (11-12) provee tres razones por las que considera que sería un error para el triunfalismo estadounidense, el congratularse excesivamente de la democracia liberal que se ha empeñado en promover. La primera razón es que los valores democráticos no pueden considerarse como un monopolio de los Estados Unidos ya que “...while democracy may not have survived without [this country]...this values are not simply Western but commend themselves in their own terms to other peoples...” (11). La segunda razón es que por ningún medio queda suficientemente claro que será la democracia la que predomine en el futuro; y la tercera razón es el recuento de las víctimas que la promoción de la democracia liberal ha dejado a su paso.

Por otro lado, la segunda opción que se presentó para ser la guía de la política exterior estadounidense en la pos-Guerra Fría, la de la vuelta al aislacionismo, tampoco resultó ser viable. La razón de este fracaso para imponer al aislacionismo, a pesar del gran impulso que tanto la derecha como la izquierda estadounidense pretendieron darle, resulta más que obvia cuando se pone en perspectiva que la interdependencia y la globalización son realidades inherentes a la era pos-Guerra Fría.

Dado entonces que las opciones que surgieron en esta época para orientar a la política exterior estadounidense probaron ser inadecuadas por no cubrir la amplia gama de realidades que originó el fin de la Guerra Fría, Kristol (51) afirma que es la construcción de una política exterior en términos del interés nacional estadounidense, lo que gana credibilidad. Ante la perspectiva de que sea nuevamente el interés nacional, repuesto ya del ostracismo y descrédito al que lo condenó el Wilsonianismo, el que guíe nuevamente a la política exterior estadounidense, surgen una serie de metas que deben cumplirse en su totalidad para satisfacer el verdadero interés nacional estadounidense de la era pos-Guerra Fría: el de su preservación como poder hegemónico.

De acuerdo con Kristol (52-54), hay además tres intereses nacionales básicos que deben satisfacerse en esta era. Primero, que no emerja ningún otro gran poder cuyos valores políticos y sociales sean profundamente hostiles a los estadounidenses; segundo, que aquellas naciones que ampliamente comparten los principios políticos y valores sociales estadounidenses, sean protegidos de aquellos que no los comparten; y tercero, que la política exterior estadounidense sea sensible y realista y que se despoje de compromisos morales inflexibles que poco ayudan al cumplimiento de sus nuevas metas.

Sin embargo, a pesar de la claridad con la que se perciben estos intereses, la pérdida del rival ideológico y militar ha provocado que a su vez los presidentes de la pos-Guerra Fría se lancen en una búsqueda desenfrenada de nuevos asuntos que puedan reemplazar a la cruzada contra el comunismo y a partir de los cuales se pueda diseñar nuevamente lo que se conoce como una gran estrategia nacional. De acuerdo con Huntington (35), este contexto de la pos-Guerra Fría se caracteriza entonces por la necesidad de encontrar propósitos que justifiquen el uso del poder estadounidense. Pero no sólo eso, a la problemática anterior se suma la preocupación sobre como manejar en forma adecuada todo este poderío y como redefinir su papel en el mundo.

En este contexto de desconcierto acerca de lo que en adelante debería ser la política exterior estadounidense y con el antecedente de un triunfo muy relativo de la coalición en la Guerra del Golfo, se inauguró el periodo del Presidente William Clinton quien, como afirma Henry Kissinger, “was the first president of the post-Cold War period...”(*Does America* 251) y a quien le tocó el difícil reto de redefinir lo que sería el interés nacional estadounidense de la pos-Guerra Fría.

El periodo del presidente Clinton es visto como un tanto “Wilsoniano”³ -una de las corrientes ideológicas que Walter Russell Mead (xvii) afirma han influido en la política

exterior estadounidense- debido a que el tradicional interés estadounidense, aquel basado en consideraciones de seguridad y balances de poder, se substituyó por el interés humanitario o de la comunidad internacional. Al respecto, el asesor de Seguridad Nacional de Clinton, Anthony Lake, describe al presidente como un “‘pragmatic neo-Wilsonian’ in foreign policy” (cit. en Rockman 19), ya que afirma que la mejor manera de promover lo que el considera una meta clara de la política exterior, la expansión de la democracia, no es a través de doctrinas absolutas, sino a través de un pragmatismo determinado que puede dar sustancia a los principios generales (Ibid. 20).

Es bien sabido que uno de los principales valores que abandera los Estados Unidos como parte inherente de la igualdad y la libertad, es el respeto a la dignidad humana. Este concepto se ha definido desde tiempo atrás en términos netamente estadounidenses⁴ y como tal se ha tratado de imponer a la comunidad internacional, pero no fue sino hasta la década de los 90's que los temas de la promoción de los derechos humanos y la intervención humanitaria se convirtieron en el eje rector de la política exterior y como afirma Kissinger ello marcó “...a turning away from traditional notions of security and geopolitics” (*Does America*, 251).

Al igual que el presidente Wilson, William Clinton, un hombre influenciado por Vietnam y parte de lo que Rockman (25) define como “‘the age of Aquarius’”⁵, lo motivó aquella idea de predestinación y excepcionalismo que siempre ha caracterizado a los estadounidenses y decidió entonces redefinir el interés nacional de su país en términos del interés y la paz internacional. Sin embargo, no se debe olvidar que el vacío conceptual bajo el cual comenzó a operar su política exterior así como la excesiva preocupación por proteger la agenda doméstica, fueron también motivos que lo inclinaron hacia esa doctrina política.

Varios eventos ayudaron además a la formación de esta importante coyuntura que dió luz verde a Clinton y que le confirmaron que iba en la dirección correcta. En primer lugar los Estados Unidos poseedores al fin del conflicto bipolar de un poder militar sin precedentes, ya no tenía la premisa de combatir a un enemigo que retara su supremacía y la sobrevivencia misma de la nación. En segundo lugar, alrededor del mundo se suscitaron importantes eventos que involucraban cuestiones humanitarias y que justificaban una intervención militar por parte de Estados Unidos en atención de mantener la paz. Somalia, Haití, Bosnia y Kosovo son los eventos que dieron a la administración Clinton la oportunidad de poner en marcha la política de “intervención humanitaria” bajo una estrategia de “Selective Engagement”. En tercer lugar como afirma Kissinger (*Does America* 255) con relación a Somalia, el público estadounidense se sintió consternado por el sufrimiento humano que atestiguaban a través de las noticias y ello les impulsó, en primera instancia, a respaldar la política de su presidente. Y en último lugar se ubica la tradición de los presidentes demócratas de los que Rockman (20) afirma que dada la composición misma de su electorado y las ideas que los líderes democráticos abanderan, no pueden darse el lujo de mirar despreocupados e inmovidos, los desastres humanitarios y las limpiezas étnicas⁶.

A partir de esta coyuntura y puesto que no existía otro modelo importante al cual seguir después de la caída del comunismo, los Estados Unidos asumió que su modelo democrático, liberal y humanitario, debía ser el ejemplo que guiará al mundo y que la exitosa implantación de estos ideales a nivel global, sería la justa medida de su seguridad nacional. Al respecto, el entonces Sub-Secretario de Estado de la administración Clinton, Strobe Talbott, afirma:

In an increasingly interdependent world Americans have a growing stake in how other countries govern, or misgovern, themselves. The larger and most close-knit the community of nations that choose democratic forms of government, the safer and more prosperous Americans will be, since democracies are demonstrably more likely to maintain their international commitments, less likely to engage in terrorism or wreak environmental damage, and less likely to make war on each other.

That proposition is the essence of the national security rationale for vigorously supporting, promoting, and when necessary, defending democracy in other countries. (Cit. en Kissinger, *Does America* 253)

Como se puede inferir a partir de esta declaración, los efectos de la globalización y de la interdependencia se hacían sentir ya con toda su fuerza durante este periodo, porque ya se percibía que los probables peligros que podían amenazar a la seguridad y a los intereses nacionales estadounidenses, podían provenir de la inestabilidad y de la falta de compromiso de otros países con los ideales estadounidenses. Es así como la exportación del modelo democrático para el cual el respeto a los derechos humanos es parte inherente, se convirtió nuevamente en la piedra angular del interés nacional estadounidense, hasta que los lamentables resultados de algunas intervenciones militares le dieron los primeros reveses.

Como resultado de lo anterior, se desencadenó una serie de contradicciones y luchas internas entre los funcionarios del departamento de Estado⁷ y los del Consejo de Seguridad Nacional de la administración Clinton, que pusieron al presidente a merced de los duros cuestionamientos y críticas de la prensa y que finalmente como lo establece Dittgen, expusieron “...[a] lack of a foreign policy concept in the Clinton administration” (256).

Aunque lo que se conoce como “strategy of enlargement”, cuya principal implicación es el fortalecimiento y expansión de la comunidad de democracias, es lo que de acuerdo con

Lake reemplazaría a la estrategia de contención (Ibid.) y el remedio para llenar este vacío conceptual, no se puede negar que las realidades expuestas por la era de la pos-Guerra Fría, demandan mucho más de la hegemonía que la sola promoción de la democracia en términos de una cruzada ideológica. Una valoración objetiva de las realidades que coexisten en esta era -nacionalismo, etnicidad, fundamentalismo, globalización, etc.- requieren que la hegemonía estadounidense las comprenda y las aborde sobre bases realistas ya que la política exterior de esta etapa, debe valorar el costo-beneficio de cualquier compromiso o estrategia que se adopte y buscar que se preserve un balance entre sus propios intereses nacionales y aquellos de la comunidad internacional.

Las realidades arriba expuestas, tomaron forma en dos eventos diferentes que probaron que el interés nacional estadounidense debía ser redefinido en otros términos. En primer lugar, la fallida intervención estadounidense en Somalia⁸ que redundó en la pérdida de numerosas vidas de soldados, fue un precio que el público estadounidense no estuvo dispuesto a pagar, por lo que, “The Clinton administration was charged with going beyond the dictates of the national interest in its various military interventions.”, pero como afirma Kissinger, “...what was really happening was an attempt by Clinton to redefine the national interest in extreme Wilsonian terms” (*Does America* 256).

El segundo evento y el más determinante para la redefinición del interés nacional por el actual presidente George W. Bush, fueron los atentados terroristas del once de septiembre que al poner en inminente peligro al territorio nacional, impusieron la necesidad de diseñar una nueva estrategia de seguridad nacional que proteja al país de futuros ataques y que destierre la amenaza del terrorismo a nivel global. La amenaza terrorista además de volver a poner a Irak en la agenda estadounidense, alteró las prioridades con las que llegó George W. Bush a la Casa Blanca, quien en un principio parecía querer enfocarse más en los

asuntos domésticos y de quien Fouad Ajami comenta que “es terriblemente angustioso e irónico a la vez que una figura tan esencialmente estadounidense como [él]-un hombre que creció en Minland, Texas, muy alejado de las complejidades del exterior-deba ser quien conduzca al país en un viaje a un mundo tan extraño, tan difícil” (19).

NOTAS AL CAPÍTULO DOS

¹ Al respecto, ver Nye, Joseph S. Jr. *Bound to lead: The Changing Nature of American Power*. New York: Basic Books, 1990. y Wallerstein, Immanuel “The Eagle Has Crash Landed” en <http://www.attacherlin.de/fileadmin/materialeseite/WallersteinEagleCrash.pdf>

² De acuerdo con Stanley Hoffman, la difusión de poder que caracteriza a la era de la pos-Guerra Fría tiene tres arenas en las que se manifiesta principalmente. La primera es la arena estratégico-diplomática, en la que los principales actores son todavía los Estados y en la que las preocupaciones por la seguridad y los balances de poder es más probable que sean regionales que globales. La segunda arena es la de la interdependencia económica en la que hay más interés en la integración que en la difusión, porque la estructura de la economía mundial tiende hacia esta integración. La tercera arena es la que el autor denomina como de “people power” o “citizens’s say”, en la que el advenimiento de la era de la información ha hecho más difícil para el gobierno el controlar las mentes y movimientos de las personas y en la que gran parte de la agenda de las políticas exteriores, es definida por las demandas y presiones populares (28-30).

³ Cuando se afirma que el periodo de Clinton es un tanto “Wilsoniano” porque a éste como a Carter lo inspiraron los ideales del internacionalismo liberal de Woodrow Wilson y porque el interés nacional de los Estados Unidos se definió entonces en términos de la “intervención humanitaria”, debemos explicar lo que tal calificativo significa. Walter Russell Mead (xvii) establece en su libro “*Special Providence*”, que los estadounidenses a través de los siglos parecen haber tenido cuatro formas básicas de mirar a la política exterior: la de los Hamiltonianos, la de los Jeffersonianos, la de los Jacksonianos y la de los Wilsonianos. Esta última corriente es la que cree que los Estados Unidos tiene una obligación moral y un importante interés nacional en la expansión de sus valores democráticos y sociales por todo el mundo, creando así una comunidad internacional pacífica y la que ha influido con más fuerza en la conducción de la política exterior de los presidentes subsecuentes a su creador.

⁴ Al respecto, ver sección II de la Estrategia de Seguridad Nacional 2002.

⁵ Rockman establece que esta es una canción y un símbolo del movimiento musical anti-guerra de 1968.

⁶ Con respecto a este punto es necesario destacar que esta inclinación de los presidentes demócratas resulta muy valiosa porque el estatus de único gran poder a nivel global que detenta los Estados Unidos, demanda que este país amplíe el espectro de lo que debe abarcar su interés nacional y que mediante el uso de todos los medios y capacidades que posee, no permitan que existan más limpiezas étnicas.

⁷ Ver Rockman, Bert A. “The Post-Cold War President” en Minkenberg, Michael y Herbert, Dittgen ed., *The American Impasse. U.S. Domestic and Foreign Policy After the Cold War*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1996. p.27.

⁸ Sobre la intervención estadounidense en Somalia y en otros lugares, ver Kissinger, Henry. *Does America Need a Foreign Policy?: Toward a Diplomacy for the 21st Century*. New York: Alfred A. Knopf, 2001. pp. 251-273.